



FRANCIS BACON, *La Gran Restauración*, traducción, introducción y notas de Miguel Á. Granada, apéndice de Julián Martín, Tecnos, Madrid, 2011, 539 pp. ISBN 978-84-309-5281-6. (*Novum Organum*)

Para finales de 1620 se publica en Inglaterra *La Gran Restauración*, obra en la que el Lord Canciller Francis Bacon, en la cima de su carrera política, propone una “revolución” científica. Los descubrimientos y avances científicos de la historia han sido hasta el momento fruto del azar; mentes lúcidas daban de cuando en cuando con un gran acierto, mezclándose como sustrato científico elementos que abarcan la mecánica, magia, superstición...

En definitiva, es el momento científico que Ortega sitúa antes de la tecnificación de la técnica —aquél en que la técnica todavía no es autoconsciente—, y el proyecto de Bacon pretende darle el siguiente empujón: proponer un método, un camino de acción que permita al científico un avance y un éxito ciertos, no fortuitos.

Cito a Ortega porque acierta a identificar el elemento que da pie a la “tecnificación de la técnica”, que es la consideración no del problema que se busca resolver, sino del propio método de resolución. Se trata de apartarse momentáneamente del objetivo para analizar el camino más efectivo hasta él, sin importar si existe entre objetivo y camino una relación directa o no.

Bacon, que prácticamente es un mago —y esto no debería impactarnos demasiado, en la medida en que es *promotor* del método científico—, aboga por investigar las *Formas* y las relaciones ocultas que vinculan las naturalezas primarias. El objetivo no es otro que ser ministro de la naturaleza, poder manipular ésta y ponerla al servicio del hombre.

Al respecto cabe desplegar un abanico interpretativo. En primer lugar, hemos nombrado el método o camino —constante de la modernidad, recordemos a Descartes— que conduce con seguridad a las ciencias, eliminando los *Ídolos* o prejuicios del pensamiento individual. En todo momento se destaca la supremacía del método y el objetivo sobre la racionalidad individual. “No construimos los fundamentos de una secta u opinión sino de la utilidad y grandeza humanas” (p. 24). En segundo lugar, y en el hilo de la grandeza humana, se ve lo que se da en llamar “milenario” en Bacon, pues el objetivo de su obra es la *Gran Restauración*, que devuelve mediante el trabajo organizado al hombre a su lugar primigenio: el Paraíso. No es extraño que se dé este sentido a la obra —insistimos en que Bacon todavía no podía ser científico, sino mago, y que recurre constantemente al lenguaje hermético y a profecías como la de su propio frontispicio, Daniel 12:4— aunque al respecto caben dos lecturas.

En primer lugar, podemos aceptar la lectura de un pío Bacon que aspira a la salvación del género humano mediante el establecimiento de un método eficaz para su progreso y el mantenimiento de la fe para salvar la inocencia perdida. La segunda lectura, facilitada por el apéndice de Julián Martín, sugiere una posición más racional —proponiendo la reivindicación religiosa como una cau-

tela derivada de la censura de la época— en que Bacon, ese Lord Canciller, no presenta una salvación tan sobrenatural como política. Son constantes los paralelismos entre la Ley natural y la Ley social —que se multiplican en la correspondencia—, y la mejora en una se traduce en potenciación de la otra.

No olvidemos que Bacon pertenece a un ámbito jurídico, ni que su propia visión de Dios es la de un legislador, cuyas leyes ocultas debe buscar la filosofía natural con el fin de manipular el mundo: saber es poder —y el poder también es político—. No pocas precauciones toma Bacon al respecto, dedicando gran parte de su obra a eliminar los *Ídolos* —y por esto insistimos en la importancia de superar al sujeto— y desarrollando doctrina contra la voluntariedad. *La Nueva Atlántida* iluminará esta voluntad política del autor en forma de utopía —y tal vez sea utópica y no milenarista la voluntad de salvación baconiana—.

Bajo esta perspectiva, el proyecto que propone Bacon es el de una política sobria y deliberada que se ha relacionado con la opción idónea para el desarrollo del imperialismo.

Cualquiera que sea el prisma que abordemos, no cabe duda de que destaca en esta obra el intento de superación del escepticismo del momento mediante el pragmatismo y el establecimiento de la comunidad científica que se quiere ver institucionalizada —lo cual la liga con la política casi como un ministerio del Rey— para superar amplias problemáticas.

En fin, es esta obra un compendio de lecturas e *interpretaciones* que permite un amplio trabajo de tipo histórico, político, jurídico, científico o filosófico, precedido y seguido por los trabajos de Miguel Á. Granada y Julián Martín que arrojan luces sobre este texto clave para la modernidad y, quizás, todavía actual desde su perspectiva cooperativista, metódica y tecnocrática de la política.

*Adrián Garzón Ximénez*

